

PALABRAS DE INAUGURACIÓN DEL CICLO LECTIVO 2025

Referencia bibliográfica:

CHIOZZA, Gustavo (2025c) Palabras pronunciadas en ocasión del inicio del ciclo lectivo de la Fundación Luis Chiozza el 3 de abril de 2025

Bueno, como es habitual, con este seminario de los jueves empieza un nuevo ciclo, un ciclo lectivo de la institución, empiezan los seminarios de los jueves y empieza las actividades de los viernes. Habitualmente se espera que yo les cuente un poco las novedades y haga alguna reflexión sobre la actualidad, así que vamos a hacer eso.

Con respecto a las novedades de la Escuela, los alumnos que habían egresado del Ciclo Inicial van a comenzar el Ciclo Medio: Luz Aguilar, Claudia Porto y Ariel Gun.

También tuvimos unas propuestas para hacer el Ciclo de la Escuela de Patobiografía, y por distintos motivos decidimos no hacerla. Pensamos que los que se habían inscripto a lo mejor podían hacer el Ciclo Avanzado; se inscribieron para el Ciclo Avanzado. Estamos con algunas dificultades de organización, vamos a ver si lo podemos hacer.

Y con respecto a las actividades de los viernes, van a haber unas pequeñas modificaciones en el calendario que les pasaron porque no habíamos considerado algunos feriados, un error de nuestra parte. Será mejor para ustedes porque se atrasará el segundo semestre una semana. También hicimos unas mesas redondas para cubrir las fechas que no se alcanzaron a cubrir con las propuestas.

La idea de dividir el año en dos, como les había explicado en su momento, implica un poco que nos hagamos la idea de que tenemos que duplicar nuestra participación en las actividades de intercambio científico. Entiendo que asimilar esta idea lleva un poco de tiempo. Podría hablarles de la necesidad de redoblar los esfuerzos para la prosecución de nuestros fines, es decir, para la realización de nuestros deseos, pero sé que eso mucho no les va a gustar, así que voy a hablar de otra cosa. Bah, en realidad no, voy a hablar de lo mismo, pero de otra manera que, espero, sea un poco más positiva.

Pensaba hablarles de lo que hace falta, de lo que falta. Bueno, dicho así no suena muy positivo, pero... Seguramente ustedes esperarán que, bajo una especie de falsa primera persona del plural, los critique, les diga que están haciendo poco y que tienen que hacer más. Y que entonces, frente a esto, se sientan criticados, sientan "otra vez sopa". La verdad es que me parece bastante lógico e inevitable que ustedes esperen eso de mí, si yo les dijera eso, y sobre esto es sobre lo que quisiera reflexionar un poco.

Yo alcanzo a ver dos motivos por los que ustedes esperan que yo los critique en esta circunstancia. El primero de ellos es que es lo más habitual; estamos acostumbrados en todos los vínculos a que la gente se queje. Y quejarse siempre implica que lo que falta, falta porque alguien no está haciendo lo suficiente, y ese "alguien" obviamente siempre es otro.

El segundo motivo en realidad es el mismo, pero en un paso anterior. En el fondo, en el fondo del corazón, ustedes sienten que lo que falta, les falta porque la institución no está haciendo suficiente. Entonces, desde esta queja implícita hacia mí - representante de la institución-, ustedes esperan que yo, en devolución, me queje de ustedes; y entonces cerramos un círculo. ¿Quién empezó? Es como el huevo y la gallina.

Hay un famoso discurso de Kennedy que dice: “No piensen qué puede hacer Estados Unidos por ustedes, piensen qué pueden hacer ustedes por Estados Unidos”. Yo creo que esto está bien dicho, pero que se podría decir un poco mejor, y ya vamos a llegar a eso.

Lo que sucede en estas situaciones es que, cuando pensamos en lo que falta, siempre pensamos en lo que falta *recibir*. Uno puede decir, bueno, pero a veces nos sentimos en falta, sentimos que no hemos hecho lo suficiente. Pero cuando pensamos que no hemos hecho lo suficiente, por ejemplo, cuando nos sentimos con culpa, sentimos que no hemos hecho lo suficiente para recibir lo que esperamos. Es decir, nuestro hacer es una meta indirecta, la acción no está dirigida al resultado que esperamos, sino a influir en alguien que pueda darnos lo que necesitamos. O sea, ¿qué tengo que hacer para poder recibir? A los fines de lo que sigue, y un poco quizás en broma, démosle a esta primera idea el carácter de una ley, la primera ley universal sobre la falta: Lo que falta, en nuestro vivenciar, siempre es lo que falta recibir.

Esto es un modo de funcionamiento del alma humana que es automático, que es universal y que es inconsciente. Este modo de funcionamiento se forjó en la infancia, cuando éramos muy débiles y sobrevivíamos gracias a la dependencia de un vínculo con alguien mucho más potente que nosotros. Por ejemplo, como les decía, cuando nos sentimos culpables por no haber hecho lo suficiente, esto significa no haber hecho lo suficiente como para recibir lo que necesitamos. Por ejemplo, el amor, bajo el disfraz del reconocimiento o el disfraz del protagonismo. Esta es la famosa “necesidad de amor del neurótico”, de la que hablaba Racker.

De esta primera ley de la falta podemos deducir una segunda ley. Si lo que falta recibir, debemos recibirlo de un sujeto muy poderoso que lo puede todo, entonces lo que falta recibir es *todo*.

Digamos entonces que nuestra psique, automática e inconscientemente, funciona según estas dos leyes: “Lo que nos falta es lo que falta recibir” y “lo que falta es todo”.

Si ahora viene alguien como Kennedy o como yo y les dice que lo que falta es lo que les falta hacer a ustedes, lógicamente ustedes sentirán que lo que les están exigiendo es que hagan todo -por la segunda ley-. Es decir, les están exigiendo la materialización del ideal -lo cual se experimenta como sentimiento de culpa-. Por lo tanto, sienten que les están echando la culpa de todo, de todo lo que falta. Es decir que, para poder recibir lo que tanto necesitan -la primera ley-, primero tienen que hacer todo -la segunda ley-.

Creo que este es el gran malentendido de la neurosis. Como dijimos, nos representamos lo que falta como “todo”. Es decir, lo que nos falta es alcanzar el ideal. Pero esto es una *representación*. Como sostuve en mi conferencia sobre la felicidad, el deseo no busca la representación, sino la *satisfacción*. La representación *orienta* la búsqueda, pero el fin de la búsqueda no es la representación, sino la satisfacción. La buena noticia es que la satisfacción que buscamos no necesita el ideal, no necesita todo, no necesita tanto. Para sentirnos bien no necesitamos todo. Solo necesitamos lo necesario para sentirnos bien.

Veamos esto en una situación práctica. Si yo le pregunto a alguno de ustedes qué necesita para sentirse bien, seguramente no me va a responder “todo”. Lo más probable es que me diga, por ejemplo: “Necesito trabajar más”. Obviamente, aquí “trabajar” no significa “hacer más esfuerzos”, porque todos sentimos que ya estamos haciendo demasiado. “Trabajar” acá significa tener más pacientes, ganar más dinero. Es decir, recibir -la primera ley-. Si yo ahora pregunto: “Bueno, ¿cuánto más tendrías que trabajar?”, la respuesta siempre apuntará a la completa cancelación de la dificultad, a la definitiva solución del malestar. ¿Ven que la idea es que para sentirme bien necesito todo, que es la segunda ley? Supongamos que el sujeto del ejemplo me responde: “Necesitaría trabajar por lo menos el doble”. También podría preguntarle cuánto más quisiera saber de psicoanálisis. Entonces me diría: “Necesitaría volver a leer los 24 tomos”. O qué trabajo quisiera escribir, y -me lo dijera o no me lo dijera- está pensando en “el que reciba el premio”. Y esto es así porque tenemos la falsa ilusión de que pedir no cuesta nada; como le pedimos a un objeto omnipotente, ¿qué le cuesta? Pero esto es un gran error, como vamos a ver enseguida.

Volvamos a la respuesta: “¿Cuánto necesitás trabajar?”. “Por lo menos el doble”. Si la persona contesta que lo que necesita es trabajar por lo menos el doble para sentirse bien, se deduce muy fácilmente que eso no va a ocurrir esta tarde, tampoco va a ocurrir mañana, ni el mes que viene, ni el año que viene. Entonces, como el protagonista del film “El día de la marmota”, ya nos estamos imaginando un largo invierno por delante. Nuestro bienestar se nos antoja muy lejano, prácticamente imposible. Y lo más trágico es que esto es algo que nos estamos haciendo a nosotros mismos. Nada tiene que ver con la realidad. Nuestra gran capacidad para representarnos permite ver muy lejos en el futuro, pero esto a veces nos juega una mala pasada. Pensar que para estar bien necesitamos todo, nos hace sentir al mismo tiempo que no tenemos nada. Esto no es la realidad. Esto solo es nuestra manera de enfocar la realidad, de representarla. Solo nos enfocamos en el medio vaso vacío.

Si bien es cierto que llenar el vaso puede ser algo que demande mucho tiempo, mucho esfuerzo, que esté muy lejos o que incluso sea imposible, cambiar el enfoque no tiene por qué ser tan lejano e imposible. Con un poco de suerte o de sabiduría, bien podría ocurrir esta misma tarde, incluso ahora mismo. De hecho, no es nada raro que un día nos sintamos bien sin que nada de todo aquello a lo que le atribuimos nuestro malestar haya cambiado sustancialmente.

Otra manera de ver lo mismo es imaginar cómo nos sentiríamos si mañana perdiéramos algo valioso de lo que tenemos, por ejemplo, una rodilla. Si eso sucediera, si hoy perdiéramos una rodilla o si mañana perdiéramos una rodilla, ¿qué no daríamos para poder volver a hoy? Entonces, ¿por qué hoy, que tenemos dos rodillas, no podemos sentirnos bien?

Volvamos entonces sobre la primera pregunta que hicimos: ¿Qué necesitamos para sentirnos bien? Lo que necesitamos es cambiar el enfoque automático por el enfoque manual. Poder enfocarnos en el medio vaso lleno. Pensar en todo lo que hemos logrado, en lo que hemos logrado ser y tener. Pensar en el esfuerzo que fuimos capaces de hacer y sostener para llegar a donde hemos llegado. Entonces sentiremos que ese esfuerzo, uno, valió la pena y, dos, no nos destruyó. Por lo tanto, todavía podemos hacer un poco más.

Ser fuerte o débil tiene que ver con la realidad objetiva, pero sentirnos fuertes o débiles es algo subjetivo que depende de qué parte de la realidad estemos observando y valorando: lo que hay o lo que falta.

Estamos muy habituados a considerar a la omnipotencia como una ilusión, como una defensa maníaca, pero nos olvidamos de que la impotencia es también una ilusión, una defensa melancólica con la que pretendemos extorsionar a alguien de quien, en nuestra imaginación, pretendemos recibir todo. Así como no es cierto que no tenemos nada, tampoco es cierto que no podemos nada. Por ejemplo, podemos doblar las rodillas para agacharnos. Y si siempre algo podemos, entonces también algo podemos cambiar. Por ejemplo, cambiar la manera de ver las cosas. Eso no será todo, pero es todo lo que necesitamos: mejorar. Recordemos que nunca nada está tan mal como para que no pueda empeorar.

Les prometí que la respuesta de Kennedy se podía haber dicho un poco mejor. Vamos a probar: No piensen qué puede hacer la institución por ustedes, piensen qué pueden hacer ustedes por ustedes mismos. Porque si piensan bien, verán que ustedes son la institución. Y si ustedes se ocupan de mejorar, también la institución va a mejorar.

Muchas gracias.